



UTILIDAD DE LAS FLORES

POEMA EN UN CANTO

A mi constante y buen amigo el Excmo. Sr. D. José de Cárdenas, EX DIRECTOR DE INSTRUCCION PÚBLICA
CAMPOAMOR.

I

No lo dudéis, lectores,
si hay un cielo, hay en él aves y flores.

II

Hállanse en una estancia
compitiendo en belleza y en fragancia,
frente á un espejo, una mujer hermosa,
que tiene al lado izquierdo y al derecho,
en aquél una cuna, en éste un lecho,
y en la mesa, en un búcaro, una rosa;
y en tanto que la rosa la embalsama,
mira la madre, tierna cual ninguna,
con el afán del que ama,
á una niña menor que está en la cuna
y á otra enferma y mayor que está en la cama;
y con madre tan bella
y con hijas tan niñas y agraciadas,
hace la rosa de la estancia aquella
un jardín habitado por las hadas.

III

Nieves, que es un modelo
de humanas y divinas perfecciones,
tiene algunas pasiones,
mas todas pasan antes por el cielo.

En su noble apostura,
acaso lo de menos es ser bella,
porque, además de hermosa, brilla en ella
la bondad que hermosea la hermosura;
y al mismo tiempo encantadora y pura,
le sale tan de adentro ser graciosa,
que cuando va á la iglesia y presurosa,
uniendo lo gentil á lo sencillo,
hacia el altar sus pasos se aproximan,
creen que ven á la Virgen, y se animan
unos niños de un cuadro de Murillo.

IV

Hay hombre que sediento,
no á gotas, á oleadas
bebe el opio volátil de su aliento,
pues Nieves es un hada que en el viento
escribe himnos de amor con las miradas,
y si en casos de fe cree en lo increíble,
á toda presunción indiferente,
no cree que es su belleza irresistible.
Contempladla de frente.
¿Fué Venus más hermosa? Es imposible.
Miradla ahora de perfil. ¿No es cierto
que es mi madre en persona?...
Pero ¡ay! lector, perdona;
¡siempre me olvido que mi madre ha muerto!

V

Aunque la niña grande es ya perita
en coordinar las flores que diseca,
lo que escucha á los hombres en visita
se lo cuenta después á su muñeca.
Y si aun ve como sombras los reflejos
del sol de las pasiones,
y encima de sus ojos, aunque lejos,
ya cierne el porvenir sus ilusiones,
flotando vagamente sus razones
de la inocencia en las tranquilas aguas,
ya sabe por sus propias reflexiones
que una niña es un niño con enaguas,
y un hombre una mujer con pantalones.

VI

Y aunque la grande á la menor desdenea
con todas sus potencias y sentidos,
porque viste de encajes cuanto sueña
y sabe un cuento ó dos de aparecidos,
la niña más pequeña,
que no quiere por celos á su hermana,
siempre está más risueña
que al abrirse una flor por la mañana;
y si la grande encanta
por su rostro expresivo,
la más niña es alegre sin motivo,
como el pájaro canta porque canta.

VII

Al alumbrar la luz, casi apagada
por una bomba de cristal filtrada,
madre é hijas tan bellas,
parece aquella estancia iluminada
por la luz interior que sale de ellas.
Y como Nieves, por amor, prudente,
para verlas á un tiempo y fácilmente,
sin que estén las dos niñas envidiosas,
pone el espejo enfrente;
mirándolas con aire indiferente
de una á otra, ya fijas, ya indecisas,
envueltas en miradas cariñosas,
vienen y van, y vuelan las sonrisas,
lo mismo que si fuesen mariposas.

VIII

Son flores y mujeres tan iguales,
que forman en la estancia de la hermosa
cuatro flores cabales
la madre, las dos niñas y la rosa.

Y cuando llamo á las mujeres flores
es que quiero, lector, que consideres,
aunque ya lo sabrás por tus amores,
que aseguran doctores, muy doctores,
que son flores con alma las mujeres.

IX

La niña de la cuna, que veía
aquella rosa fresca y sonriente
que acaso, acaso al asomarse el día
se le cayó á la aurora de la frente,
cual si fuese algún pájaro pequeño
que ansiase comer flores en el nido
pedía con empeño
la rosa que en el búcaro veía,
y que por cierto para verla abría
unos ojos de á metro mal medido;
y una vez y otra vez, voluntariosa,
como todas las niñas muy mimadas,
poniendo el alma entera en sus miradas
pedía aquella rosa
pronunciando unas frases mal formadas
que podían decir cualquiera cosa.
Y sabiendo las niñas muy pequeñas
la lengua universal de hablar por señas,
lo que la niña ansía
con señas del más puro castellano
haciendo líneas curvas con la mano
en el viento lo escribe.
¡Qué modo de decir tan soberano!
¡Sería un orador ciceroniano
si supiera charlar lo que concibe!

X

La madre encantadora y encantada,
después de oirla hablar con la mirada,
con un celo, por gracia, algo tardío,
dijo al darle la flor: — ¡Toma, bien mío! —
La niña, alegre y con presteza rara,
se aproximó la rosa á aquella cara
más fresca que otra rosa con rocío:
y, apretando la flor apetecida,
poco después la niña caprichosa,
en hechicera desnudez dormida,
cayó en un sueño de color de rosa.
¡Oh trasunto feliz de mis amores!
¡La niña es una imagen de la vida:
pide con ansia flores,
las disfruta... se duerme... y las olvida!

XI

Mas Nieves cuidadosa,
sabiendo la presteza
con que puede la niña ajar la rosa,
la coge presurosa
y da asilo á la flor en su cabeza.
Pero como hoy, lo mismo
que en los días de amor del tiempo viejo,
atrae á las mujeres un espejo
como atrae á los hombres un abismo,
el verse con la flor en la cabeza
del muerto amor le recordó las glorias,
y, excitada de nuevo su ternera,
dando un tierno repaso á sus memorias
le recuerda la flor en los cabellos
que son el fruto de su amor perdido
los ángeles aquellos;
y al mirar á uno enfermo, á otro dormido,
se llenaron, pensando en su marido,
de lágrimas y luz sus ojos bellos!
Y siendo interminables las mujeres
en recorrer memorias hechiceras
cuando idolatran seres
elevados al rango de quimeras,
después, con embeleso,
vió un diamante muy grueso
que en su anillo nupcial resplandecía
como la chispa eléctrica de un beso,
é inclinándose á un lado y otro lado,
en memoria del padre idolatrado
dió á sus hijas con labio enardecido
un beso muchas veces repetido;
porque al besar la madre á un hijo amado
besa á un tiempo al amor de que ha nacido.

XII

¡Así, la misma rosa
que el sueño perfumó de la inocencia,
honró con su presencia
el sueño del amor de aquella hermosa,
viuda sin consuelo y madre tierna,
que tan sólo comprende
ese amor absoluto que se extiende
de la vida mortal hasta la eterna!

XIII

Mas ¡oh Dios! de la niña agonizante
en las formas divinas
la vida se enfriaba á cada instante,
cuando puso de pronto en su semblante
la tisis unas manchas purpurinas;

y al ver por la tristeza de su risa
que la muerte llegaba á toda prisa,
la madre, desolada,
se preguntó con la mirada: — ¿Es cierto? —
Y la niña, más pálida que un muerto,
— Es cierto — dió á entender con la mirada.
Y siguiendo un gemido á otro gemido,
cuando ya sus mejillas
pasaban de amarillas
hasta un azul subido, muy subido,
su garganta hechicera
imitaba en su angustia lastimera
el rítmico sonido
que hace la hoz segando en la pradera.
¡Y al ver la madre que de angustia llena
se quedará viviendo
como un marino en tierra que sintiendo
la nostalgia del mar muere de pena,
jura al cielo sufrir cristianamente,
verdadera creyente
de esas que van con valerosos pechos
luchando con las penas, frente á frente,
porque saben que flota providente
un eterno ideal sobre los hechos!

XIV

Y en aquel mismo día
en que ya se veía
que quemaba los pámpanos el hielo,
la niña, que al morir se sonreía,
se trasladó desde la cama al cielo:
¡y la madre, entre tanto,
con las manos en cruz y de rodillas,
saboreaba, besando sus mejillas,
el dejo amargo de su propio llanto:
pero, en sufrir experta,
ni siquiera solloza,
por no turbar el sueño de que goza
la niña viva ante la niña muerta!

XV

Así acabó esta historia sin historia.
Y al protestar mi pecho compasivo,
que ve Dios desde el trono de su gloria,
que es por la niña mi dolor tan vivo
que el llanto que me arranca su memoria
humedece esta página en que escribo;
diré que Nieves, de pesar transida
junto á la niña muerta,
aunque al verla tan bella, queda incierta
si está muerta ó dormida,
para aumentar sin duda su belleza
le puso entre las manos, afligida,
la rosa que arrancó de su cabeza.

No hay para los humanos
ni honor más grande ni mayor consuelo;
¡morir con una flor entre las manos,
es morir abrazados con el cielo!

XVI

De este modo en un día
aumentando el dolor ó la alegría
de fantasmas ya tristes, ya risueños,

la única rosa que en la estancia había
fué el honor y el testigo de tres sueños.

Y ¿no es verdad, lectores,
que pueden ser en casos semejantes
más útiles las flores
que las perlas, el oro y los diamantes,
cuando pudo una rosa de esta suerte
perfumar y adornar con su presencia
el sueño angelical de la inocencia,
el sueño del amor y de la muerte?...

EL AMOR O LA MUERTE

Dedicado al Sr. Marqués de Vallejo, cuya discreción y trato ameno son el encanto de su amigo — CAMPOAMOR

POEMA EN UN CANTO

MONÓLOGO REPRESENTABLE

Sala con dos puertas laterales. — Una mesa en medio. — A la derecha del espectador un balcón que da á un parque. — Sale Marta por la izquierda y llega hasta la puerta de la derecha siguiendo con ansiedad los pasos de alguno que se aleja.

I

Se matarán. Todo hombre enamorado
es un loco de atar, que no está atado.
Y serán, al batirse sin padrinos,
más bien que caballeros, asesinos.

(Leyendo un papel que está sobre la mesa.)

He aquí el papel copiado. De esta suerte
dejarán la justicia escarnecida:
«Que no se culpe á nadie de mi muerte:
me mato por cansancio de la vida»

II

Entre Iván y mi esposo
que uno muera es forzoso.
Si yo evitar pudiera...
Ya está echada la suerte.
Se batirán los dos, aunque yo muera:
sólo hay para los celos guerra á muerte.
No, no hay remedio; esperaré con calma
el término del duelo.
¿Por qué escogió para vaciar mi alma
el molde de los mártires el cielo?
Con calma aguardaré. Pero, ¡Dios mío!
mi sangre asaetea cruelmente
un intenso y eterno escalofrío;
y este sudor que salta de mi frente
lo voy sintiendo alternativamente
aquí tibio, aquí ardiente y aquí frío.

III

¡Mi marido! ¡Con qué arte, el fementido,
sus cartas verdaderas me ocultaba,
y luego en otras falsas me contaba
que estaba Iván á otra mujer unido!
¿Podré, después de infamias semejantes,
admitir en mi hogar á tal marido?
¡Pegaré fuego antes
á esta casa paterna en que he nacido!
Al ver cómo mis celos inocentes
explotó con el dolo y la mentira,
desgarro las palabras con los dientes
y trituró los dientes con la ira.

IV

¡Pobre Iván! ¡pobre Iván! ¡Con qué contento
no creyendo leal mi casamiento
con el alma rendida
me venía á cumplir su juramento!
Si le vuelvo á ver más estoy perdida.
Ya no es posible para mí la vida
sin respirar un poco de su aliento.

V

(Mirando al parque.)

No llegaron al parque todavía.
Si durase esto más me moriría.
Bien, Marta; y ¿qué es primero?
¿El amor ó el deber? ¿Qué es lo que quiero?

¿Qué quiero yo? Quiero engañarme en vano.
Tú sabes, corazón, lo que deseas...
¡Me duelen aquí tanto las ideas
que quisiera arrancarlas con la mano!
Sí, desolado corazón, te engañas.
Mientras odio por pérfido al marido
que me perdió con sus innobles mañas,
del amante vendido
no me cabe el amor en las entrañas.

VI

¡Ay! ¡desde el triste día
en que un hombre falaz y enamorado
me juró que sabía
que estaba Iván casado,
siendo imposible para mí el olvido,
con cuerpo frío y con el alma yerta
viví con mi marido
dejándome querer como una muerta:
y á mi deber atada,
siempre he aspirado á disfrutar en vano
el placer soberano
de la mujer amada
que apura enamorada
la hez divina del amor humano!

VII

(Mirando desde cerca del balcón.)

He allí á mi esposo. El vil tiene en su abono
que su amor, más que loco, le hace necio.
Por caridad, si muere... le perdono.
Si vive, le honraré con mi desprecio.
¡Con qué febril encanto
al duelo se prepara!
Su vista me da espanto,
y eso que me ama tanto,
que hasta encuentra sabrosas en mi cara
las sales nauseabundas de mi llanto.
Como duelista experto,
después que á su rival ha calumniado,
va á matar ó á ser muerto.
Me tiene ese malvado
una pasión de fiera del desierto.

VIII

Ya llega Iván, el único deseo
de mis días felices;
sin poderlo evitar, cuando le veo,
mis ojos en su cara echan raíces.

¡Iván! si me casé, saben los cielos
que lo hice por celosa y no por tierna.
¡Con un día de celos
no puede competir la vida eterna!
Tal vez no me creería
si hoy mismo le dijera
que le amé y le amo tanto, que podría
refrescarse mi amor en una hoguera.
¡Con qué ánimo tan fuerte,
mirando á su contrario, desafia,
cruzándose de brazos, á la muerte!
Parece que va al duelo
á despreciar las iras
del vil que con mentiras
ha puesto entre los dos un mar de hielo.

IX

Huele á incendio la tierra en el verano.
Dejo este sitio porque el aire quema.
Hoy se respira un no sé qué malsano.
No quiero ver ni oír. ¡Empeño vano!
¿Cómo alejarme en la ocasión suprema?
Pues no puedo impedirlo, que se batan.
Sólo mueren los celos cuando matan.
O el amor, ó la muerte: he aquí el problema.

X

(Suena un tiro en el parque.)

¡Horror! ¿qué es lo que ha hecho
con Iván indefenso aquel malvado?
Al verle desarmado,
con los brazos cruzados sobre el pecho,
el cobarde á traición, lo ha asesinado.
¡Yo quisiera gritar enfurecida!
Pero mi rabia es tanta,
que por ella agrandada y comprimida
no me cabe la voz en la garganta!
Nada iguala á mi cólera y mi pena.
¡Oh Dios! ¿quién pensaría
que aquel que el alma fué del alma mía,
hoy vendría á caer sobre la arena
que mi madre pisó cuando vivía?
¡No puedo respirar de sentimiento!
¡Ya para mí no hay esperanza alguna!
Después de conquistarlas una á una,
perdí mis ilusiones ciento á ciento.
¡Cuántas veces soñó mi pensamiento
ver su amor hecho carne en una cuna!

Mas ¿qué escucho? Es su voz. Oigo en el viento
los tétricos gemidos
de su postrer momento...
¡Aun son para su acento
todos los poros de mi cuerpo oídos!
Fué su voz, fué su voz la que escuchaba,
porque llega hasta mí, como esperaba,
un céfiro cargado de un «te adoro.»
¡Gracias á Dios que lloro,
de llorar hacia dentro me abrasaba!
¿Qué luz se alza del suelo
ante la cual con misterioso anhelo
mi espíritu encantado se prosterna?

(Arrodillándose.)

¡Es la estela de su alma que va al cielo!
¡Adiós! ¡adiós! ¡hasta la vida eterna!

XI

¿No es el otro el que sube? ¡Ay de mí triste!
Me vendrá á recordar que aun soy su esposa
Nó; que venga, y verá cómo resiste
á un hombre audaz, una mujer furiosa.
¿Cómo, al ver mi ternura
ese ciego, no advierte
que el amor cuando raya en la locura
no tiene más salida que la muerte?
¿Tendrá en estos momentos la vileza
de insultar mi tristeza?
¡Oh! ¡de pensar en tan atroz injuria
se me enrosca el cabello en la cabeza
lo mismo que en el cráneo de una furia!
¡Qué obscuridad! Mi turbación es tanta
que ve entre sombras mi mirada incierta
en el aire flotar algo que espanta.
¡Jesús! ¡cuánta visión! Mi pie no acierta
á salir al encuentro á ese villano.
¡Valor! ¡valor! ¡veré si hallo la puerta
apartando fantasmas con la mano!

(CAE EL TELÓN.)

XII

(Llega á la puerta de la derecha, y después de cerrarla, arroja la llave.)

¡Atrás! ¡atrás! digo que ¡atrás, perjuro!
No quiero ser mujer de un homicida
que quita á otro la vida
además de á traición, sobre seguro.
No pudiendo matarte á puñaladas,
antes que todo acabe,
al menos por el hueco de esta llave
te podré apuñalar con las miradas.

(Empujan la puerta desde fuera.)

El destino te ciega, y ten presente
que mi amor es más ciego que el destino,
y decididamente
como abras esta puerta te asesino.
No llores, imprudente,
pues si eres como Iván asesinado
puede saber la gente
que tu sangre es un cieno colorado.
¿Que abra y calle? Comprendo.
No quieres que te llame
el traidor de este drama, en que estás siendo
vil á la entrada, á la salida infame.
No callaré ni ocultaré, maldito,
la rabia que me anima.
Ahora que la muerte se aproxima,
ya sólo necesito
seis pies de tierra y tu desprecio encima.
En medio de mi bárbara tortura
al verte padecer siento un consuelo.
¿Que si no abro me matas? ¡Oh, ventura!
¡Estar muerta con él! ¡Frase del cielo!
Cuando caiga á pedazos esta puerta
ya no hallarás á la mujer vendida.
¿Que á dónde voy? ¡Infame! Y ¿no lo acierta
tu alma envilecida?
¡Voy á estar con Iván ó viva ó muerta!
¡Voy á unirme con él á la otra vida!

(Al ver caer la puerta, Marta se arroja por el balcón)